

UN FAVOR

TEXTO: JAVIER MORALES ORTIZ
ILUSTRACIONES: NACHO MOLANO

A Juan Rubio, *flâneur* en la ciudad blanca

• 1 •

Es una Nochebuena atípica para Bruno. El sol dilata los días y en las afueras de la pequeña ciudad en la que vive los almendros han florecido. El otoño, lluvioso y frío, ha dado paso a una primavera prematura, como si el invierno hubiera huido.

Hay quien se alegra del buen tiempo, de una temperatura que les permite ir en manga corta en pleno diciembre. Bruno, que nació y se crió en un pequeño pueblo de montaña, necesita el paso de las estaciones. El ciclo de la naturaleza pautó su vida cotidiana. La única ventaja que le encuentra a esta perturbación meteorológica, o más bien climática, es que le permite montar en bicicleta a diario. A punto de cumplir cincuenta años, aún es capaz de afrontar en su flamante Trek de carbono la subida al pueblo, a más de treinta kilómetros y casi mil metros de altura, y regresar en el mismo día. De ojos negros, vivaces y con un brillo irónico, Bruno es delgado y fibroso, apenas asoman canas en el pelo lacio y rubio. Viste con sencillez, con un aire juvenil, y solo las arrugas que cuartejan la cara, constreñida

y con una nariz de boxeador, delatan su edad.

Bruno achaca al cambio climático esta anomalía decembrina, que ha ensombrecido un ambiente navideño ya de por sí alicaído por la crisis económica. Los villancicos enlatados, que rellenan las calles y las tiendas del centro, suenan cansados, sin fuelle, y la decoración, austera y alejada de la pompa de otros años, se ha reducido a tristes juegos de luces en puntos clave de la ciudad.

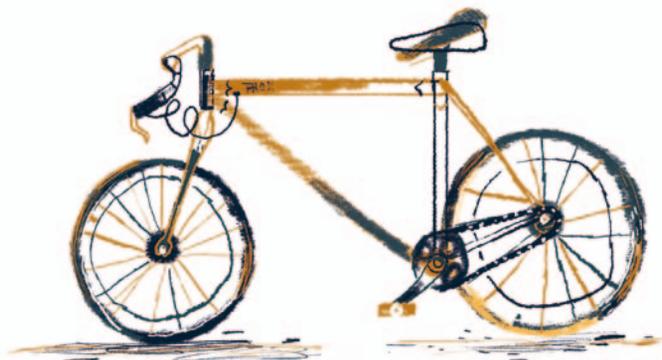
Salvo una breve relación en su juventud, no se le conocen novias. Sus padres murieron hace años, es hijo único y la familia más directa de Bruno se reduce a dos primos, pero viven en Barcelona y apenas tienen contacto. Aparte de la casa y el huerto en el pueblo,

Bruno heredó de sus padres un piso antiguo encastrado en una callejuela del centro histórico de la ciudad, que alquila a los turistas. En el que vive y que compró sin hipotecarse, en la órbita de la muralla, es luminoso y moderno, con ascensor, calefacción y aire acondicionado.

Desde hace casi treinta años, Bruno trabaja como recepcionista en el hotel Almirante. Es lo máximo a lo que podía aspirar un chico sin estudios, que ni siquiera acabó la escuela primaria, aunque a Bruno le gusta leer, sobre todo revistas de economía y finanzas, y se precia de no ser un ignorante. El sueldo en el hotel es escaso y, para redondear sus ingresos, Bruno comenzó a invertir en bolsa. Al principio como un

juego, pero cuando comprobó que tenía ojo y una intuición innata, que podía sacar un buen pellizco si movía bien su dinero con la información adecuada, las finanzas se han convertido en un trabajo paralelo.

Los fines de semana que libra en el hotel sale con Felipe, su mejor amigo, aficionado como él a la bicicleta. Ambos son abstemios, tímidos y austeros y, después de tomar cañas en los bares de siempre, donde con pequeñas variaciones se encuentran con el mismo paisaje humano, regresan a casa. Aparte de la bicicleta, que mejora con piezas compradas por Internet, el único lujo que se permite Bruno es su inevitable viaje a Cuba en verano. Su arraigada soltería estimula la imaginación de sus amigos. Sospechan que el periplo caribeño de Bruno tiene un aliciente sexual, incluso le atribuyen varias novias, multas esculturales ávidas de un matrimonio de conveniencia, pero Bruno ni lo afirma ni lo niega. Cuando se lo preguntan, medio en broma medio en serio, se limita a sonreír. Luego tuerce la boca en un gesto displicente y soñador a la vez.





► Es una Nochebuena extraña para Bruno porque no va a trabajar en el hotel. Desde que murieron sus padres, ha pasado en el Almirante cada noche del 24 de diciembre. César, el compañero que se jubiló este año, siempre le pedía que cubriese la fiesta y Bruno accedía con gusto. Aunque son pocos los clientes que suelen pasar la Nochebuena fuera de casa, gente mayor sobre todo, Bruno se siente acompañado, como si participase de la intimidad y de la alegría de los otros. El cocinero del Almirante prepara una comida especial para los empleados y a Bruno le parece que también él es especial. Además, el hotel paga un aguinaldo y el dinero siempre es bienvenido. *Win, win*, doble beneficio, ha leído en una revista para inversores. Todos ganan. Pero este año, su amigo Gonzalo, recepcionista como él,

le ha pedido un favor. Quiere ser él quien trabaje en Nochebuena. Por supuesto, preferiría cenar en casa, rodeado de su familia, Marta y sus dos hijos, pero la necesidad le obliga a sacrificar la celebración. Como ya sabe Bruno, su mujer, Marta, no trabaja. Percibe un magro subsidio de invalidez por una enfermedad muscular y el dinero apenas les llega.

Gonzalo, más aplicado en clase que Bruno, consiguió terminar el primer ciclo de la formación profesional y enseguida encontró un empleo como administrativo en una empresa de transportes. No le iba mal, tenía un sueldo aceptable y la consideración de los jefes, pero después de dos décadas en el mismo puesto, viendo cómo muchos de sus conocidos ganaban dinero a espaldas en el sector inmobiliario, decidió probar suerte y convertirse en un emprendedor, dar rienda suelta al lado crematístico de la vida. Con los ahorros y un pequeño préstamo, montó una empresa de construcción. Al cabo de dos años, con la caída



–Se lo diré al gerente –respondió Bruno, después de un silencio que a Gonzalo le pareció una eternidad.

Hace años que los amigos de Bruno dejaron de invitarle en Nochebuena. Cuando se lo ofrecían, la respuesta siempre era la misma. No. Un signo más de la rareza de Bruno, pensaban, sin darle importancia. Hoy, podría haber llamado a Felipe. Sus padres estarían encantados de que Bruno compartiese con ellos una noche tan especial. Ha preferido pasarla a solas, ajustarse en lo posible a su rutina de siempre. Irá al hotel, cenará con Gonzalo y el resto de la plantilla, se tomará una copa de cava y regresará a casa. Tiene varias series que todavía no ha podido ver, revistas de inversión amontonadas en su mesita de noche, ceñidas aún por el plástico.

en picado de la demanda, tuvo que echar el cierre. Ahora está en deuda con Bruno. Hace unos meses, en cuanto su amigo se enteró de que iba a quedar vacante la plaza de César, habló con el gerente del hotel.

–Es muy trabajador y una buenísima persona –dijo Bruno de Gonzalo.

Y era verdad, no tuvo que mentir. Aunque Bruno, que se ve a sí mismo como un pequeño tiburón de las finanzas, también piensa que su amigo es algo apocado y dócil, que le falta empuje y es demasiado blando con sus hijos.

–Necesito un extra para el regalo de Reyes, no puedo dejarles sin nada a los mellizos –argumentó Gonzalo cuando se lo pidió, la vergüenza se le notaba en la cara, fofa, como si los años hubieran resbalado por su rostro sin que Gonzalo se hubiera dado cuenta.



Bruno vaga por la ciudad. Viste unos vaqueros nuevos y su mejor camisa. Anudado al cuello, lleva un jersey de algodón, por si luego refresca. Las calles están casi desiertas, solo algunos jóvenes apuran los minutos en los bares antes de reunirse con la familia. Bruno mata el tiempo, recorre una y otra vez las mismas rutas, mal iluminadas por farolas crepusculares y que ahondan su sentimiento de extrañeza. Las horas pasan despacio, como si las midiera el reloj del hotel, con el mecanismo estropeado desde hace años y las manecillas amputadas. Incapaz de alargar más los minutos, desconcertado por una temperatura indecorosa y casi obscena para estas fechas, por una rutina quebrada, el errante Bruno, inquieto, decide adelantar su visita.

Una luz difusa envuelve al hotel. A pesar de las reformas, el Almirante no puede evitar su aire decadente y otro establecimiento, moderno y funcional, de una importante cadena, le ha arrebatado parte de la clientela. Aun así, todavía hay quien opta por alojarse en este edificio neoclásico y sobrio, ligado a los cien últimos años de la pequeña ciudad y en el que se han cocido miles de historias.

Bruno encuentra a Gonzalo detrás del mostrador de recepción, ataviado con su traje de paño azul ribeteado con la bandera de la comunidad autónoma, los botones dorados.

Absorto, mira la televisión y no se percató de la presencia de su compañero y amigo. Bruno toca la campanilla.

—Una habitación para esta noche, por favor —susurra, con una voz impostada.

Gonzalo, de la misma estatura que Bruno aunque más fondón, ríe al verlo y le ofrece la mano, recordeta.

—Has venido —dice Gonzalo, sorprendido.

—No te ibas a librar de mí tan fácilmente. ¿Y tu familia?

—Bruno tiene las manos metidas en los bolsillos y observa el vestíbulo del hotel, su gran lámpara de araña, como si fuera un cliente recién llegado.

Gonzalo consulta el reloj.

—Están al llegar. Vendrán a tomar una copa de cava y luego se irán.

—¿Mucho trabajo?

—Una pareja con un hijo adolescente y un par de matrimonios maduros. Todo controlado.

—¿Te ha dicho Juan cuándo vamos a cenar?

—Dentro de poco, supongo.

Bruno asiente con la cabeza.

—Ahora vuelvo. Voy a echar un vistazo.

Su primera intención es bajar a la cocina a saludar a Juan y al resto de compañeros, pero atraído por las pequeñas luminarias circulares del suelo, que ha contemplado miles de veces y que ahora actúan como fuegos fatuos, Bruno se encamina a las habitaciones del primer piso, sube por una escalera de mármol de pronunciados escalones, cubiertos de una moqueta desvaída. Recorre los pasillos del hotel y, sin proponérselo, recalca en el despacho del gerente, en la segunda planta. Una rendija de luz corta la puerta, entreabierta. Pedro Pablo siempre está en el hotel. No se le conoce vida propia. Es algo mayor que Bruno y debió de ser guapo en su juventud, lo es incluso ahora, a pesar de la barriga y el pelo ralo, como el de un perro mojado. Lleva

al frente del Almirante más de cinco años. Lo contrataron para dar nuevos bríos al hotel, pero desde el primer momento se encontró con la resistencia de los propietarios, atrapados en una ambigüedad fatal, la realidad y el deseo. Fue Pedro Pablo quien insistió en la necesidad de una reforma para adaptarse a los nuevos tiempos, un objetivo que ha cumplido a medias.

Bruno está convencido de que el gerente tiene una buena opinión de su trabajo, de que piensa que Bruno podría dar más de sí como recepcionista, incluso adquirir nuevas responsabilidades. Alguna vez, ►



► aprovechando que el gerente se ha saltado la jerarquía, Bruno ha procurado impresionarle. Con un gran aplomo, le ha explicado trucos para invertir en bolsa, le ha descrito los males de la economía nacional, las dificultades de las pequeñas empresas para salir adelante. Tiene ideas propias sobre qué se podría mejorar en el hotel, pero prefiere callarlas.

Ya que está ahí –hasta es probable que el gerente haya oído sus pasos–, intuye que sería de mala educación pasar de largo y no saludarle. Pero antes de que los nudillos golpeen la puerta, Bruno oye la voz cavernosa del gerente y da un respingo. Falsa alarma. Sigue hablando. Bruno posa la oreja en la puerta de madera. Por el tono frívolo y susurrante de la conversación, las risas entrecortadas, cree que el gerente habla con una mujer. Bruno sonríe, como si le hubiera pillado en un acto ilícito. No parece que la charla tenga mayor interés para Bruno, pero justo cuando va a retirarse y emprender el regreso, Pedro Pablo, en un tono derrotista y lastimero, comienza a pronunciar unas palabras que no abandonarán al recepcionista en los próximos días y que lamentará haber oído: balances, pérdidas, deudas, recortes, reducción de plantilla. La información no le llega nítida. Con un poco de suerte, se convence Bruno en un primer momento para no arruinarse la noche, puede que el gerente ni siquiera esté hablando del Almirante, sino de otra empresa o de la situación general del país, pero a Bruno no se le escapa que el hotel pasa por dificultades. De repente le arde la oreja, la retira de la puerta y se aleja con lentitud, dando tumbos, como si estuviera ebrio. Accede a uno de los cuartos de baño del pasillo situado al lado de la escalera y se sienta en la tapa de uno de los váteres. Tiene la

camisa empapada de sudor y el pulso muy acelerado. Hinchados los pulmones y respira un aire viciado y húmedo. Se quita la camisa, se lava la cara y coloca la prenda debajo de un secador de manos.

Recompuesto el semblante, pero aturdido, como en una nebulosa, llega a la recepción. En cuanto lo ve bajar, Marta se acerca, alegre, y le planta dos besos en las mejillas. Con timidez, extrae una pequeña caja del bolso y se la ofrece a Bruno.



–Muchas gracias, nos has salvado la vida –Gonzalo corrobora las palabras de su mujer con un gesto de cabeza, la mano alzada a modo de saludo.

–No es para tanto –dice Bruno, los ojos neblinosos, emocionado por el gesto de gratitud de Marta.

Marta conserva el tipo y a Bruno aún le resulta atractiva, a pesar de que los años han

difuminado la expresión jovial de su rostro y lleva el pelo teñido de un rubio pálido, como de estropajo.

Parlanchina, Marta habla bajo la mirada absorta de Bruno. El recepcionista ve cómo se mueven sus labios, observa sus gestos, pero ha dejado de escucharla. Como hacían poco antes sus pies, también la mente de Bruno vaga ahora por rutas conocidas, por un pasado lejano, la boda de Gonzalo y Marta en una pequeña ermita situada en una loma, a la que tantas veces subieron juntos los dos amigos, una atalaya privilegiada en la que vieron morir la ciudad después del crepúsculo, una imagen que le rebota ahora a Bruno como si contemplase su vida en un espejo.

Recuerda que durante el banquete, exaltada por el alcohol y por la felicidad del momento, movida tal vez por la compasión, delante de su flamante marido, Marta le dio un casto beso en los labios a Bruno. Poco después nacieron sus hijos. Bruno ha visto crecer a los dos mellizos que ahora, sentados en una silla, juegan con una maquinita, ajenos a todo. Gonzalo ha intentado contarle algunos detalles de su relación con Marta, problemas de familia, pero Bruno siempre ha preferido mantenerse al margen.

Marta y sus hijos no tardarán en marcharse, piensa Bruno, ya de regreso al presente. Bajará al comedor con Gonzalo, aunque se le ha cerrado el estómago. Siempre le ocurre cuando está nervioso. Imbuidos de camaradería, celebrarán los platos que ha preparado Juan, el cocinero. Como todos los años,

el gerente les hará una visita para felicitarles las fiestas y agradecerles que estén allí en esa noche tan especial, alejados de sus familias, adoptando a los compañeros como allegados vicarios. O quizás, quebrando una costumbre, Pedro Pablo prefiere refugiarse en su despacho y espantar los malos augurios, dejar que pase la Navidad. Solo entonces les hablará de la incertidumbre que se cierne sobre ellos.

Bruno podría adelantarse y contarle a Gonzalo todo lo que sabe, lo que ha oído, con la promesa de que guarde el secreto. En un alarde de benevolencia y fraternidad, podría cederle el empleo a su amigo en el caso de que sus peores temores se confirmasen. Al fin y al cabo Gonzalo tiene familia y él no. Y Bruno es un tiburón de las finanzas. No le costaría nada salir adelante. Pero la idea de verse en la calle le espanta y le vacía por dentro, lo anula. ¿Qué haría con su tiempo, con las horas? Ni siquiera ha sido capaz de soportar una Nochebuena sin acudir al Almirante. Conoce todos los rincones y ha sido testigo fugaz de la vida de miles de personas, con sus secretos e intimidades, a veces inconfesables. Ha presenciado trifulcas que acabaron con matrimonios, encuentros que han forjado parejas. Incluso algún cliente ha muerto allí, en la soledad de una habitación. Instantes que a lo largo de los años han ido tejiendo toda una existencia, la del propio Bruno. Un hotel que ha visto cómo el recepcionista pasaba de la juventud a la madurez y al que Bruno todavía no quiere decir adiós.



JAVIER MORALES ORTIZ es un escritor extremeño (Plasencia, 1968) para quien la literatura es una manera de examinar el desencanto y buscar la felicidad. Autor de *La despedida* y *Lisboa* (Editora Regional de Extremadura, 2011), publicará en 2013 su primera novela, *Pequeñas biografías por encargo*.



A

HOTEL
ALMIRANTE

M-L